

PETER DOWNSBROUGH

BARCELONA
GALERÍA DELS ÀNGELS

PABLO G. POLITE

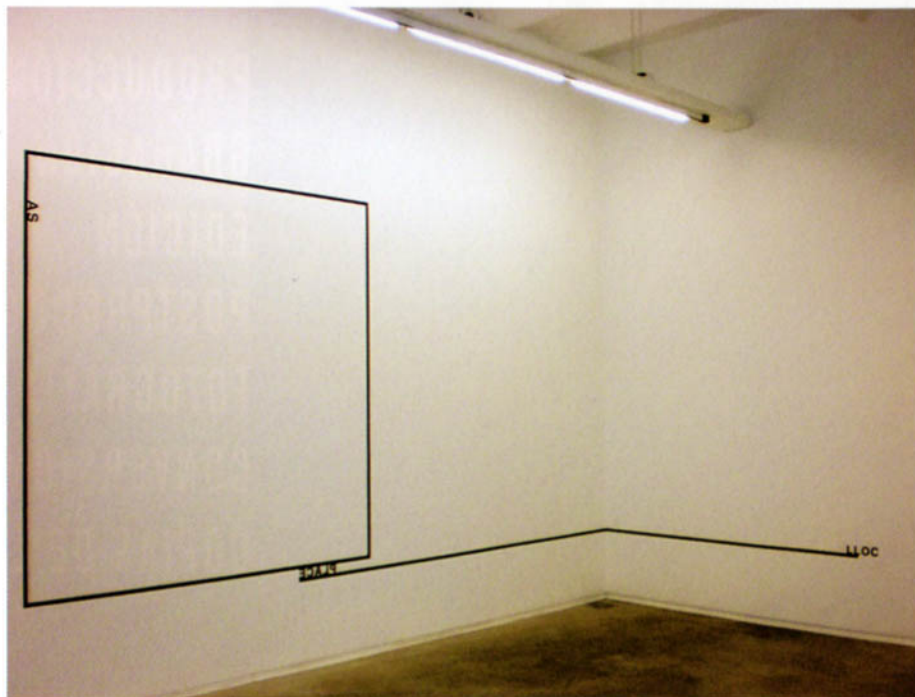
Aunque puede resultar innecesario presentar a una de las figuras más originales y controvertidas de la vanguardia internacional de nuestro tiempo – así lo certifican catálogos, libros y revistas– conviene destacar, de entrada, dos notas en el grueso del trabajo de Peter Downs-brough, autor que ahora inaugura la nueva temporada de la Galería dels Àngels con una selección de su trabajo en distintos soportes. Primero, su versatilidad creadora: desde 1962, momento en el que da un giro a sus ambiciones y abandona sus estudios de arquitectura, Downs-brough no ha dejado de cultivar, experimentar y llevar al límite de su expresión un amplio abanico de disciplinas: escultura, fotografía y vídeo, especialmente. El segundo aspecto, capital para hacerle justicia, se refiere a su influencia y legado posteriores, que son incalculables porque siguen hoy vigentes (aunque aquí se sepa más bien poco de ellos y de sus conexiones tentaculares con otros artistas, coetáneos o posteriores).

Esta es la primera exposición individual de Peter Downs-brough que se presenta en una galería privada de nuestro país, tras la muestra de la mayor parte de su trabajo videográfico y cinematográfico en el Museo Reina Sofía en septiembre de 2007. Una ocasión única, y que difícilmente volverá a repetirse, para calibrar la magnitud de su propuesta y, ya puestos, comprobar por qué Downs-brough se ha convertido en uno de los estandartes más notorios y singulares –acaso insobornables– del arte conceptual: ese movimiento artístico nacido en los sesenta donde el concepto prevalece siempre sobre el objeto; es decir, donde la idea se convierte, tal como sentenció Sol LeWitt, en la máquina, instrumento o motor que desata el arte. Downs-brough conoce muy bien sus mecanismos y juega con ellos a placer, más bien los subvierte, para hacernos reflexionar sobre el espacio que nos rodea y para que lo cuestionemos desde nuevos enfoques o perspectivas.

Al contrario de lo que sucede con el arte minimal, donde “lo que se ve es lo que se ve”, Downs-brough nos enfrenta a contemplar las sutilezas más radicales del espacio y la geometría. Y lo consigue, con resultados sorprendentes (o, como poco, curiosos) cualquiera que sea

la disciplina que escoja. Un botón de muestra, sus instalaciones: esa mezcla *sui generis* de esculturas y trabajos murales, realizadas generalmente con adhesivos negros sobre fondos blancos y letras o palabras, unas veces con sentido y otras sin él. Con esta sucinta gramática de elementos, el artista nos somete al ejercicio empírico de la percepción y establece un código o lenguaje metafóricamente invisible con el espectador. Si tenemos en cuenta los principios del minimalismo, el discurso de Downs-brough va a la contra al oponer a la inmediatez del empirismo perceptivo la construcción geométrica de la visión.

Ahí, precisamente, está la clave para comprender el resto de su producción artística: la estructuración del espacio es el principio y el final de todas sus creaciones. Las series fotográficas que aquí presenta –imágenes sueltas, dípticos y trípticos– son un ejemplo muy ilustrativo. Como también lo son sus películas, videográficas o en celuloide. En *PASS-ING*, la cámara en movimiento filma los objetos inmóviles. En *THRU*, una cámara fija graba objetos en movimiento. *AS/JIN* propone una lectura del espacio urbano a través de continuas idas y venidas desde el interior al exterior de los edificios. A pesar de su apariencia lineal, todos estos trabajos se levantan y reformulan sobre dos conceptos: posición y desplazamiento. Aunque lo más sorprendente y llamativo es que visualmente acaban comportándose como si fuesen haikus japoneses, esos poemas estáticos que iluminan un instante, casi siempre a través de un paisaje.



Shift / To - Place / As / Lloc, 2008. Cortesía de la galería.